

No recuerda con la memoria, recuerda con el corazón. Sensaciones, sentimientos y lugares tanto duraderos como terroríficamente fugaces. Sus ojos negros como cafés clavándose en ella una y otra vez, las tardes de verano con las manos entrelazadas, los largos y etéreos paseos y las discusiones, también discusiones que no siendo suaves pasaban del amor al odio, del negro al blanco y del “hasta nunca” al “bienvenido”. Intensidad hasta la saciedad, asquerosa confianza, de memoria el lunar que tenía detrás de la oreja él y la marca de nacimiento en el lateral del muslo derecho ella, que los veían arrugarse mientras pasaban las primaveras y los veranos y los besos y los abrazos. El primer hijo, la segunda y así hasta el cuarto que, por mucho que crecieran e hicieran sus vidas, ellos los veían con admiración, amándolos y amándose cada día más. Más que nido vacío, nido lleno, lleno de amor, de pasión y de planes de una y dos y tres vidas juntos. Recuerda aquellas vacaciones en la playa, mismo lugar y persona, donde brisa marina y felicidad se mezclaban creando una hermosa utopía. ¿Quién pretendía ahora tocarle sus canciones al piano de cola? ¿Cómo se plantaba si quiera la posibilidad de que cualquiera la abrazase sin sentirse vacía? Con sus enormes brazos, la apretaba contra sí sin quedar un solo átomo de oxígeno entre ellos, fuerte y con una ternura protectora que dulcificaba hasta al limón más ácido. Con lágrimas resbalándose por aquellas mejillas pertenecientes a un rostro con tantas primaveras y líneas relámpago sentía esos momentos mientras pensaba en que ya solo le quedaba recordar, sabía que tendría que reponer mentalmente día tras día, minuto tras minuto esa sonrisa para no borrarla jamás, que no volvería a escuchar su raspada voz ni tampoco a sentir sus manos, que aún frías siempre, le prendían el corazón. Ahora si que está frío, el órgano bombeante, su alma y cada uno de sus huesos. El invierno llegó y nunca se marchó, fue él quien se marchó sin previo aviso. No hay radiador, estufa u hoguera que encendiese la llama del amor como lo hacía él y, ya no lo hará de nuevo jamás. Sabía que tendría que aceptarlo, pero sintió esto una tremenda falta de respeto hacia su amor, su persona y toda su alma. Dejó intactos su cama, sus instrumentos y hasta su cepillo de dientes porque volvería, sabía que regresaría con ella aunque fuera en otro espacio, en otro tiempo, en otra vida o universo paralelo. Notó desde que se fue su alma y su esencia, en cada sonrisa genuina, en cada nota musical y hasta en la fría lluvia. Llegó el insomnio y el desear soñar con todas sus fuerzas, vivir un último instante, un último olor o una última caricia, pero no podía, quería que su inconsciente se manifestara con todas sus fuerzas y que mientras dormía desfilaran imágenes suyas una tras otra, pero fue imposible. Estaba exhausta, pero le inundaba una pena tan inmensa como una presa, que la hacía derrumbarse noche tras noche cual barco a la deriva. Sabía con certeza que nunca habría o encontraría el momento perfecto, así que decidió crearlo ella. Estómago con puñal clavado, jarrón en sus engurradas manos y la inmensa tristeza recorriendo todo su organismo y su apagada aura. Lo besó, apoyó sus labios en aquel recipiente y lo abrazó con toda su fuerza contra ella aunque no como lo hacía él, sino con un brío apagado por un dolor que cada vez se impregnaba más en su existencia pero lo hizo, lo abrazó y besó y lo arrojó al río, que a pesar de su ausencia, había seguido fluyendo egoístamente como si nada, cuando fue allí, donde se vieron, cruzaron alguna que otra palabra con obvios nervios y sin más empezó en milésimas de segundo el inicio de toda una eterna vida con inesperada fecha de caducidad. Lo arrojó, lo que quedaba de su amor, la parte más superficial y tangible, y el agua se lo llevó sin más dilación, sin embargo decidió quedarse con su alma, con su esencia y lo que nunca nadie conocerá como ella, aunque eso no se ve, eso se lleva por dentro, se impregna con su propio olor y se clava con fuerza en la cabeza y con todo su ímpetu en sus melancólicas entrañas.

*Por Violeta García Quesada*